COMITÉ DE LA JUVENTUD

LA BATALLA DE LAS PIEDRAS Y LA REVOLUCION SUD AMERICANA.

ESCRITO REDACTADO, SEGÚN ENCARGO ESPECIAL, CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DE LAS PIEDRAS, POR

JOSÉ PEDRO SEGUNDO



IMPRENTA Y LITOGRAFÍA
ORIENTAL. MONTEVIDEO. 1911.

COMITÉ DE LA JUVENTUD

LA BATALLA DE LAS PIEDRAS Y LA REVOLUCION SUD AMERICANA.

ESCRITO REDACTADO, SEGÚN ENCARGO ESPECIAL, CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DE LAS PIEDRAS, POR

JOSÉ PEDRO SEGUNDO



IMPRENTA Y LITOGRAFÍA ORIENTAL. MONTEVIDEO. 1911.

Casi no tendría que advertir que esto es una improvisación apresurada y febril, destinada á hacer resaltar de inmediato la trascendencia del triunfo de las Piedras en la Revolución Sud-Americana. Alguna vez hasta he llegado á trascribir literalmente, amalgamándolos, la opinión de los historiadores que me han servido de fuente; pero sin citarlos jamás. La finalidad de este esbozo imponía, me parece, tal proceder, á fin de suprimir el engorro de las citas.

J. P. S.

Montevideo, Mayo 18 de 1911.

«Pueblos y conciudadanos de la Banda Oriental!—La patria os es deudora de los días de gloria que más la honran.»

Gaceta Extraordinaria de Buenos Aires, de 27 de Octubre de 1811, página 688.

Los territorios que hoy forman las Repúblicas del Uruguay, Paraguay, Argentina, Bolivia y parte del Brasil (Río Grande) constituían en los albores del siglo XIX un solo dominio español, conocido en la historia con el nombre de Virreinato del Río de la Plata. La cabeza y gobierno de tan vasto imperio colonial radicó, por delegación del monarca católico, en Buenos Aires, viniendo á ser las demás provincias sus dependencias. La historia, pues, de estos países, en aquel tiempo, tiene por escenario tan dilatadas comarcas, por manera que la narración particularizada de nuestros hechos coloniales comporta la exclusión de acontecimientos que, producidos originalmente en otra parte, tuvieron su repercusión esencial en nuestro medio, vinculándose á él por un enlace lógico. Esta ley es todavía más rigorosa en el momento en que los

pueblos se alzan para demandar de consuno el derecho de ser libres.

Inaugurado, entre incertidumbres y tropiezos, el movimiento comunal del 25 de Mayo de 1810, por el exclusivo resorte de Buenos Aires, urgía de inmediato propagarlo á las demás provincias, á fin de evitar su esterilización por la reacción ó la indiferencia. Montevideo, ciudad rival de Buenos Aires; el Paraguay, caracterizado por robustas tendencias localistas; las provincias del interior que se arrastraban en una civilización rudimentaria; el Alto Perú (hoy Bolivia), reprimido y subyugado por los mandones españoles en días aciagos de exterminio: tales eran los pueblos que la capital invitaba á reconocer el hecho indeciso de la emancipación, y cuyo acatamiento necesitaba para reforzarse en su empresa.

No era el caso, sin embargo, de esperar que el platonismo de las adhesiones comunales, por otra parte morosas y dispersas, disipara una situación que se tornaba por días más delicada; y la Junta, emanada del sufragio popular, apenas constituida, se aplicó apresuradamente á la organización de un departamento militar. El antiguo régimen podía oponer al pensamiento de Mayo, vigorosos y abundantes elementos; y el ejército en ciernes se creaba á la vez que para prevenir la reacción, destinado á excitar por el estruendo de las armas el sentimiento dormido de los pueblos. Antes que se creyera, los acon-

tecimientos vinieron á hacer precisas aquellas unidades guerreras, puesto que los Virreyes del Nuevo Continente, aleccionados por anteriores estallidos revolucionarios, tramaban, bajo la inspiración del fiscal de Potosí, una coligación que, si frustraron los sucesos de 1810, enseñaba á las claras los propósitos del régimen para reprimir la revuelta.

No obstante la confiada algazara del primer arrebato, la realidad de la nueva situación resultaba bastante nebulosa y adversa. Descontado Chile que, aunque limítrofe, iba á tener de allí á poco su rebelión intestina, la resistencia amaga casi de súbito por todas partes, más terrible cuanto que frustraba la esperanza de dar con aliados. Vencida en sangre inútil la intentona de Córdoba, que daba un crimen á la revolución antes que hubiese desplegado su bandera, aparece en el Desaguadero el Virrey de Lima, incorporando el Río de la Plata á su jurisdicción y arrogándose de esta manera el derecho de subyugarlo. Dispuesto á poner por obra su propósito, organiza apresuradamente un ejército en el límite de los dos Virreinatos; y el general que puso á su frente mostraba de sobra la saña con que entendía sofocar la insurrección. Al mismo tiempo, el Paraguay, antes indiferente y apático, se manifiesta en abierta oposición á Buenos Aires y los realistas de Montevideo, declarados rebel-

des por la Junta reciente, bloquean por represalia la capital del Virreinato. El peligro, como se ve, aparecía tenaz é inminente: importaba batir en detalle aquellos elementos aislados, pues la fusión de dos cualesquiera de ellos representaba la derrota porteña.

Planteada en el terreno de la acción la contienda, hacia aquellos tres puntos se dirige angustiada la espectativa argentina, pues que en breve las armas van á decidir sin apelación su destino. El primer cuerpo bélico que inicia la lucha, es el ejército conducido hasta el Alto Perú por Balcarce y Castelli, donde compensan un descalabro (Cotagaita) con una victoria (Suipacha). Aunque les esperaba para muy pronto el desastre de Huaqui, que entregó á los realistas todo el Virreinato hasta Salta, con aquellas acciones fracasaba por el momento la invasión española y el peligro inmediato aparecía contenido.

Por el lado del Paraguay, las cosas pasaban desgraciadamente de un modo distinto. No obstante los felices augurios que presidieron la salida para la Asunción de la expedición de Belgrano, esta campaña fué un desastre completo, agravando el contraste de Paraguary con la capitulación de Tacuarí. Belgrano debió abandonar destrozado aquel pueblo, donde su triunfo había parecido tan fácil; y si es cierto que su acción preparó las conciencias para una

emancipación próxima, es preciso decir que la consternación originada en Buenos Aires por aquella derrota no tuvo límites, no solo por su adversidad inesperada, sino también porque era el primer desastre que empañaba las armas patriotas.

Todavía la opinión no se había repuesto de pruebas tan duras, cuando se anunció que el armamento naval de la Junta había sido deshecho por la escuadrilla de Elío en San Nicolás de los Arroyos. Una inquietud desalentada, en la que iba por mucho el presentimiento de nuevos reveses, minó todos los ánimos, concretándose de inmediato sobre la suerte de Belgrano, abandonado en el Paraguay, y para quien la flotilla argentina conducía refuerzos y víveres. Y mientras calamidades tan inmerecidas agotaban la fibra popular, ya decaída por la desconfianza en un gobierno que llevaba en sí mismo el gérmen de la disolución y la anarquía, el triunfo de Romarate en el Paraná consagraba el dominio español sobre la zona fluvial de estos países, exacerbando las zozobras de la capital con el amago de un desembarco inmediato. Dueño incontestado del mar y sin peligros á la espalda, los elementos copiosos de Elío junto al apoyo de los 10.000 españoles avecindados en Buenos Aires, descontaban de antemano la caída de la Revolución, debelada en su foco inicial.

Es en este momento, el más apurado de la Revolución argentina, cuando se enciende en la Banda Oriental la revuelta y Artigas acaudilla las masas guerreras. Apenas proclamada la emancipación en Asencio, la agitación se difunde con una unanimidad tan espontanea por todo el territorio uruguayo, que aquel «alboroto de bandidos» según la calificación jactanciosa de Elío, se vuelve bien pronto una conflagración general. Ante objetivos tan inesperados y próximos, el Virrey es compelido, aunque á regaña dientes, á abandonar su expedición contra Buenos Aires, ya en vías de realización; puesto que el Colla, San José y Paso del Rey paralizan de inmediato su acción ofensiva. La capital, á pesar de todo, no estaba todavía definitivamente salvada; pero la insurrección Oriental traía á nuestro medio la decisión de la contienda guerrera. De nuestro éxito dependía la subsistencia de Buenos Aires indemne; y el 18 de Mayo, el éxito es las Piedras, donde Artigas triunfante colma las aspiraciones del patriotismo sincero en ambas orillas del Plata. Elío pierde en esta memorable acción toda su fuerza movilizada, y el asedio de Montevideo, símbolo ostensible del poder opresor, reduciéndole á una defensiva tirante, preludiaba á la vez la ruina definitiva del régimen.

Esta fué la importancia inconcusa que la ba-

talla de las Piedras, como acción culminante de la Revolución Oriental, tiene en la emancipación Sud-Americana. Batida la insurrección en todas partes, quebrado el nervio de la resistencia y anarquizada aquella en su seno, la victoria uruguaya restablece el equilibrio marcial, pronto á decidirse en su contra por la conspiración de todos los elementos adversos. El pueblo y el gobierno de Buenos Aires solemnizaron el éxito como un triunfo común y el himno argentino más tarde glorificó, por inspiración de su bardo secular, aquella victoria americana. Esto conviene hacerlo constar; porque suelen los historiadores mencionar fugazmente hechos que, aunque trascendentales, desmerecen, para sus obras oportunistas, por animadversión hacia el brazo que los obró.

JUICIO DE LOS HISTORIADORES

«Estos triunfos sucesivos alcanzados en este teatro (la Banda Oriental) por las armas orientales, fueron de subida importancia para la causa común de los independientes, después del mal suceso que había tenido en el Paraguay la expedición de Belgrano.

«La victoria de las Piedras fué celebrada con gran entusiasmo en Buenos Aires. En su mérito la Junta gubernativa elevó al rango de coronel á Artigas, decretándole una espada de honor, que poco después le fué presentada á nombre del Gobierno por el teniente coronel don Martín Tompson, *en reconocimiento de la principal parte que tuvo en la acción de las Piedras.*»

(I. DE-MARÍA, *Compendio de la historia de la República O. del Uruguay*, tomo II, pág. 129.)

«Los festejos del primer aniversario del 25 de Mayo hicieron resonar con estrépito el nombre de los orientales porque sin la victoria de las Piedras habría tenido la revolución que velar el clásico recuerdo de su gloria con el crespón de los recientes contrastes de Belgrano en la expedición al Paraguay..... Un irresistible impulso de concordia acercaba entonces todos los corazones y nadie hubiera osado desconocer los títulos conquistados por la Banda Oriental ante el genio de la Revolución de Mayo.»

(C. M. RAMÍREZ, *Artigas*, pág. 190).

«En los primeros momentos, el grito de Asencio y la ocupación subsiguiente de Mercedes y Soriano, hizo suponer que los esfuerzos de Elío contra Buenos Aires quedarían paralizados, entonándose allí el espíritu público con esa conjetura. Pocos días después, el desastre naval de San Nicolás sumía en la consternación al pueblo porteño, de modo que las noticias paralelas sobre el progreso obtenido por la insurrección uruguaya, produjeron doble efecto, como triunfo propio y revancha necesaria. Más tarde, la derrota definitiva de Belgrano en Tacuarí y su completo abandono del Paraguay, tuvieron por compensación la seguridad de que la Banda Oriental se había alzado en masa, nulificando las ventajas de los españoles sobre Belgrano y la posible fusión de aquellos elementos con los de Elío.»

(F. Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay,* tomo III, pág. 120).

«Con la batalla de Las Piedras se afirma definitivamente la Revolución de Mayo.

«Era la primera vez que las simples milicias se medían con las tropas de línea y las derrotaban. Como consecuencia de la victoria, el dominio realista quedó reducido al espacio que rodeaban las murallas de Montevideo, y ese resultado á raiz de las derrotas de Belgrano en el Paraguay, tenía que levantar y levantó poderosamente el espíritu y la moral de la Revolución en todas las provincias del extinguido virreinato de Buenos Aires.»

(E. Acevedo, *Artigas, Alegato histórico,* tomo II, pág. 211).

«Así se esplica el entusiasmo febril con que las principales poblaciones de la Provincia Oriental y el Pueblo de Buenos Aires recibieron la fausta nueva de esa victo-

ria (Las Piedras), que retemplaba su espíritu atribulado después de los desastres de Belgrano y abría de par en par á las armas de la revolución los horizontes de la victoria.

« Se aclamó así el nombre de Artigas como el de un salvador de la patria en peligro, y recibió de todas partes las más entusiastas y merecidas ovaciones.

. . . . ,

«El peligro real, práctico, inmediato, estaba aquí, en los campos de la Provincia Oriental, dominados por el elemento español, que tenía en Montevideo el segundo baluarte regio de Sud-América, trescientos cañones, un formidable apostadero, miles de soldados y marinos aguerridos para hacer morder el polvo á los insurgentes, dominar los ríos y bombardear los pueblos de las costas y aún la misma capital.

. . . , ... , ...

«Sin la victoria de las Piedras, la causa americana habría venido á ser una tristísima parodia de la rebelión del indio Tupac Amarú y ahogados en su germen, entre raudales de sangre, sus primeros generosos pronunciamientos.

«Cumple por lo mismo al historiador leal la grata misión de patentizar ante la gratitud de sus contemporáneos y la indiferencia de sus sucesores, que ese insigne hecho de armas de las Piedras, en campal alarde, sin estrategia complicada ni mañosas embos cadas, á la luz del día, pecho á pecho, salvó y afirmó la revolución americana, consagrándola con su más espléndida victoria, permitiendo á la invicta hueste de Belgrano, consolidarla poco después en los gloriosos campos de Tucumán y de Salta.»

(J. Maeso, *Artigas y su época*, tomo III, págs. 167 y 169.)